

ENTREVISTA

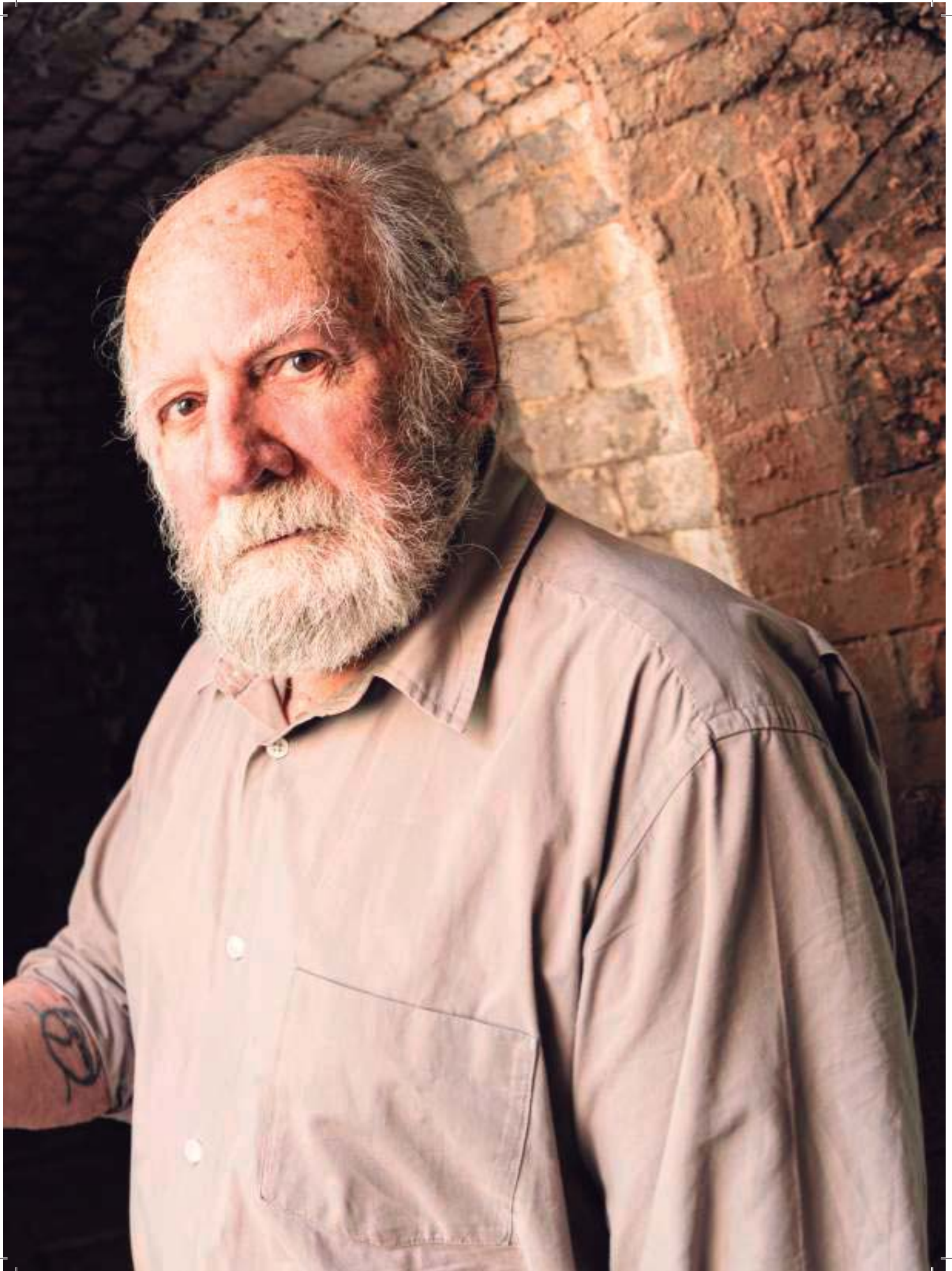
Tierra y fuego

Joan Gardy Artigas se formó como escultor y ceramista con grandes maestros del siglo XX.

M. Perera

Foto: Maria Dias





Aprendió a hacer escultura con Giacometti, trabajó en el taller con Braque y Chagall e incluso le cortó el bigote a Dalí. Joan Gardy Artigas (París, 1938), hijo del “mejor ceramista del mundo” según su amigo Picasso, estudió en la prestigiosa Escuela del Louvre y formó parte de la exclusiva nómina de artistas representados por el galerista Aimé Maeght. El veterano escultor y ceramista nos recibe en la Fundació Josep Llorens Artigas, en Gallifa, un lugar paradisíaco del Vallès, cerca de Barcelona, donde también trabajó Joan Miró; de sus hornos han salido más de 30 murales cerámicos destinados a Egipto, Suiza, Japón o Estados Unidos. Gardy Artigas se muestra entusiasmado con la exposición antológica que le ha organizado la Fundació Vila Casas en el museo Can Mario, en Palafrugell, en la que se exponen cerámicas, pinturas, esculturas y bronce, que abarcan desde sus años de juventud hasta hoy. “Si volviera a nacer me gustaría hacer lo mismo que he hecho y sobre todo con la misma mujer” dice satisfecho.

Usted nació en París y regresaron cuando se produjo la ocupación nazi, en 1940. Nací en 1938 y nos marchamos de París, sí, pero no entramos en España, nos fuimos a Ceret porque aquí estaba Franco y solo cuando se calmaron las cosas vinimos a Barcelona. Mi padre tenía el taller de cerámica en el barrio del Putxet. Siempre quiso tener hornos de leña pero, por quejas de los vecinos, decidió marcharse al campo estableciéndose en Gallifa, en 1957. A mí me gustaba el campo y vivir aquí me parecía estupendo pero, cuando hicimos con Miró el mural para la UNESCO lo llevamos en camión a París y allí mismo decidí que me quedaba; además, yo ya tenía taller de cerámica en París porque mi padre huyó cuando empezó la guerra y dejó el suyo. Pensé que querría que volviera con ellos, pero se alegró de que me quedara en París e incluso me encontró el lugar donde vivir, el Colegio de España, en la Ciudad Universitaria, y estuve allí durante 2 ó 3 años.

De adolescente empezó a colaborar con su padre y Miró y a los 17 años se volvió a París, ¿Nunca tuvo la sensación de que los dejaba? No, no, yo iba y venía. Se ha publicado la correspondencia entre Miró y sus amigos y en las cartas que escribía a mi padre hay constancia de que cada vez que Miró venía decía: «dile a Joanet que esté en Gallifa, que voy».

En París fue a la escuela del Louvre Estaba vinculada al propio museo y los cursos los daban los propios conservadores. Estaba muy bien porque podías asistir a las clases cuando quisieras, nadie te controlaba, así que solamente iba la gente interesada. Aprendí mucho porque tienen colecciones magníficas; en el Louvre está el Museo Guimet de Artes Asiáticas con cerámica de China, Corea y Japón. Yo estaba muy cómoda en París, trabajaba con la galería Maeght, que era la mejor de París, con gran-

des artistas, que eran mis amigos. Yo era jovencito y pude conocer a Picasso, Miró y Giacometti cuando ya eran mayores.

Alberto Giacometti le animó a ser escultor. ¿Cómo era? Hablaba mucho y de vez en cuando me decía «qué, qué» para ver si le estaba escuchando; era muy simpático y humano, siempre con dudas, cosa que se percibe en su obra porque nunca acababa la forma definitiva y sufría mucho, como si no terminara de encontrar su lugar. Con él aprendí a hacer escultura. Yo tenía un horno grande pero no tenía capacidad para esculturas muy grandes y tenía que hacerlas en dos piezas y siempre quedaba una línea, que era un problema técnico; se lo conté y él me recomendó que dejara la cerámica y me pasara a la escultura, me dijo que no tenía por qué hacer la escultura en cerámica, me enseñó y así empecé a hacer esculturas en yeso, moldes y fundición. Su hermano Diego, que era muy agradable, me enseñó a hacer las pátinas del bronce. O sea que este oficio lo aprendí con ellos.

«La cerámica es arte»

¿Trabajó con los fundidores de los Giacometti? Sí, sí, con la fundición Susse, en París. Miró fundía muchas cosas aquí, en la fundición Parellada, pero también en París, y yo iba a vigilar sus esculturas en la fundición para decidir las pátinas.

¿Cómo llegó a la galería Maeght? Cuando llegué a París ya la conocía por mi padre y me alojé un par de meses en casa de Aimé Maeght antes de irme a vivir a la Ciudad Universitaria. Cuando empecé a trabajar en serio, Maeght me dijo que le gustaba mi obra, que empezara a exponer con él, que me compraría obra, o sea que siendo joven ya tenía un gran marchante; él representaba a todos los grandes, Miró, Giacometti, Kandinsky... Y estuve en su galería hasta que falleció. Para la muestra de la Fundació Vila Casas, la galería Maeght de París, que ahora lleva su hija, ha prestado obras. Me hace mucha ilusión esta exposición porque seguramente será la última y podré ver toda mi obra junta.

Mientras trabajaba con Maeght tuvo relación con muchos artistas de la galería Recuerdo que Chagall, que era muy simpático, vino al taller de París para hacer cerámica conmigo, pero no me escuchaba, iba a la suya. Yo le decía que tenía que limpiar los pinceles; que la cerámica no es como la pintura, que no lo mezclara porque el azul cobalto tiene mucha potencia y si no limpiaba el pincel todo le saldría azul. Luego le salía todo azul y se enfadaba, yo le decía «¡te lo había advertido!».

¿Pero le quedaba bien? No [sonríe]. ¡Y me echaba la culpa a mí! Para trabajar en colaboración hay que ser muy amigos; mi padre y Miró lo eran y si una cosa no sale bien no le echas la culpa al otro. Pero Chagall, como yo era jovencito, me responsabilizaba a mí



La mano rebelde, la retrospectiva que puede visitarse hasta el 24 de noviembre en Can Mario, pretende ser, en palabras de su comisario, Ricard Bru, un homenaje a “un creador infatigable. Un artista exigente y a la vez humilde y amante de la libertad.” Humor y erotismo, muerte y violencia, y también la alegría de vivir, son algunos de los numerosos temas que le han inspirado y llevado a crear un corpus artístico lleno de sorpresas.

aunque se lo hubiera explicado antes. Total, que no hicimos gran cosa, en cambio con Miró nunca hubo ningún problema.

Calder era muy amigo de Miró, ¿también trabajó con él? No, pero le ayudé cuando tenía que mover piezas grandes, me llamaba y yo iba a echarle una mano. Calder fue muy amigo de Miró y vino aquí a Gallifa muchas veces.

¿Qué hacía Calder cuando venía aquí? Bebía [sonríe], bebía y comía. Era un vividor, un tipo muy afable.

Después consiguió una beca para ir a Japón Sí, en aquella época se tardaba mucho en llegar porque Rusia prohibió sobrevolar su territorio y había que ir por Alaska. Yo vivía entonces en París pero me interesaba ir a Japón por su cerámica. Mi padre era profesor en la Escuela Massana de Barcelona y tenía una alumna japonesa. Cuando yo estaba a punto de irme a Japón, como ella era la única japonesa que conocíamos aquí, mi padre organizó una comida en casa para presentármela y todavía seguimos juntos, es mi mujer. Era amiga de mi hermana sin saber que era mi hermana ni que era hija de Llorens Artigas. Ese día nos conocimos todos. Nos fuimos los dos a Japón pero, como no estábamos casados, la familia nos dijo que no podíamos viajar en el mismo avión, así que fuimos en dos distintos [risas]. Yo tenía 23 años y ella un año más.

¿Cómo fue la experiencia en Japón? Me encantó, es un país magnífico, un país donde la cerámica es arte. Mi padre siempre quiso demostrar que la cerámica es arte. Los japoneses tenían la laca, que les servía para todos los objetos domésticos y cuando llegó la cerámica, procedente de Corea y de China, empezaron a hacer las tacitas para la ceremonia del té y adoptaron la cerámica como arte. En Japón, una cerámica puede ser carísima, como aquí una obra de Picasso, en cambio aquí una cerámica no tiene tanto valor porque no hay tradición.

En Japón tuvo el privilegio de tener un gran maestro Sí, a Hamada Shōji, el mejor ceramista de Japón, que era amigo de mi padre. Él fue quien resucitó el movimiento de la cerámica popular en Japón. Me desplazé hasta Mashiko, su ciudad, un pueblo pequeño pero como una ciudad porque tenía entonces 50.000 habitantes; en Japón todo es distinto. Hamada vino a Gallifa y a Barcelona varias veces, no a trabajar, ya era mayor, sino a ver a mi padre. En 2021 el MNAC les hizo un homenaje con una importante exposición.

Este edificio de la Fundació también sigue la tradición japonesa Sí, fue construido por un arquitecto americano, Bruce Graham, amigo de mi padre, según el módulo del tatami, dos cuadrados de 90 por 90, la medida de un hombre tumbado, o sea, 180 por 180 cm. Las ventanas son de la casa de los padres de mi mujer, las recuperamos cuando la destruyeron y nos las trajimos aquí; se llaman “ventanas de mirar la Luna” porque toman el té sentados en el suelo y levantan la persianita para contemplar el cielo. En Japón todo está homologado según el módulo del tatami. Por ejemplo, la residencia del emperador tiene unos 150 tatamis y la de un campesino, cuatro, así se mide allí la riqueza.

¿Cómo fue la relación de Miró, con su padre y con usted? A mí me gusta hablar de su colaboración porque es difícil que dos artistas trabajen juntos por el ego que tenemos. Un pintor y un ceramista pueden hacerlo, pero es raro que dos ceramistas o dos pintores puedan trabajar juntos. En este caso cada uno tenía su territorio además de unirles una gran amistad;



Personaje, 1978. Cortesía Fundació Llorens Artigas



Mural elaborado con placas sobrantes o defectuosas de murales realizados por Joan Miró y Artigas. Cortesía Fundació Llorens Artigas

si no hay amistad, no hay confianza y no se puede trabajar. En la historia del arte no encontrará demasiados ejemplos de dos artistas que hayan trabajado juntos porque para hacerlo tienen que respetarse mucho. Miró era parco en palabras pero escuchaba y era muy simpático cuando estaba en confianza. Era muy educado y esa buena educación era como su escudo porque lo atacaban mucho diciéndole “esto mi niño también lo hace”. Para mí era un placer colaborar con ellos y cuando ya eran muy mayores yo me encargaba de toda la parte mecánica. Con su ayuda, claro. Ellos decían: “hagamos una piedra más grande, una calabaza, una pirámide...”, yo lo hacía y ellos supervisaban todo.

Gracias a Miró conoció a Picasso, ¿llegaron a ser amigos? Sí, sí, porque todos los veranos íbamos a la Fundación Maeght en Saint-Paul-de-Vence a ver alguna exposición y Miró casi siempre iba a visitar a Picasso a La Californie. Un día Miró me invitó a acompañarle; a mí me hacía mucha ilusión, pero yo sabía que estaba medio enfadado con mi padre porque en su día quisieron hacer cerámicas pero no llegaron a hacerlo. Cuando llegamos, Picasso abrazó

a Miró y le preguntó quién era yo. Miró me presentó como «un joven ceramista» y Picasso respondió «yo conozco al mejor ceramista del mundo, Artigas», entonces me abrazó y me dijo que le pidiera a mi padre que fuera a verle y cuando yo le transmití el mensaje a mi padre, me respondió que por qué no iba Picasso a verle a él. La cuestión es que en París, antes de la guerra de España, Picasso quería hacer cerámica y le decía a mi padre que lo preparara todo para ir pero al final no se presentaba, y luego empecé a hacer cerámica con Raoul Dufy. Así que mi padre y Picasso acabaron enfadados. Un día le conté a Picasso que tenía una novia japonesa y él me enseñó su colección de estampas eróticas japonesas, muy bonitas, que después se expusieron en el Museu Picasso de Barcelona.

«Giacometti me enseñó a hacer escultura»

Tiene un tatuaje de Picasso en el brazo, enséñemelo Sí, es un búho, me lo hice en Nueva York después de ir a ver el *Guernica* en el MoMA. Cuando fui a ver a Picasso, se lo enseñé y me dijo «esto es mío», y le respondí «sí, vengo a enseñártelo»;



Fuente, 1990. Ejecutada por Joan Gardy Artigas a partir de un modelo original de Miró. Cortesía Fundació Llorens Artigas

«¿te lo firmo»? «no, ya lo has reconocido». Lo gracioso es que el búho existió de verdad; una noche iba en coche con su hijo y atropelló un búho, lo curaron y se lo llevaron a La Californie. Picasso por las noches dejaba las ventanas abiertas para que el animal saliera a volar y a cazar y pudiera volver luego. El búho se dormía luego encima de los cuadros y a Picasso no le parecía mal.

¿Y no quiso que se lo firmara? No, ¡me hubieran cortado el brazo!. Antes todo era distinto, por ejemplo, no se hacían fotos cuando ibas a casa de alguien famoso. Hubiera sido una indiscreción. Yo no tuve fotos con Picasso hasta que hace poco en la exposición *Miró Picasso*, celebrada en Barcelona, en una película salí junto a él.

¿Cómo era Picasso? Era un hombre seductor, trabajador, poderoso, muy carismático, y cuando quería ser simpático era simpatiquísimo. A mí siempre me trató muy bien. Todo el mundo quería verle y claro él cerraba las puertas porque tenía que trabajar y todos a los que no recibía decían que era malo. Con las mujeres lo mismo; ahora que se habla tanto de feminismo, él no se divorció de ninguna, eran ellas quienes se marchaban, claro que porque era insoportable [sonríe] porque lo que le interesaba era la pintura, no las mujeres.

¿Por qué le cortó el bigote a Dalí de un tizeretazo? Estaba en una exposición de Antoni Tàpies en la galería Martha Jackson de Nueva York, había mucha gente y de pronto entró Dalí como Moisés abriendo las aguas, la gente se apartaba, a mí me pisaron y dije: “a este tipo habría que cortarle el bigote” a los dos minutos me habían traído unas tijeras para ver si me atrevía y, mientras él hablaba con unos amigos, que yo también conocía, fui por detrás y, a traición, se lo corté. Él me dijo, en catalán: “¿por qué has hecho esto?”. No nos conocíamos de nada, estábamos en Nueva York, y le dije: “era necesario”; “has hecho muy bien” añadió “porque tengo un testículo más largo que otro y mis antenas cósmicas ahora se corresponderán”. Todo el mundo reía y yo le hablaba de lejos porque iba con bastón y pensaba “a ver si va a atizarme un bastonazo”.

«Trabajar con Miró era un placer»

¿Cómo está el traslado del gran mural del aeropuerto de Barcelona que crearon Llorens Artigas, Miró y usted en 1970? Yo soy partidario de trasladarlo porque el aeropuerto antiguo se ha quedado pequeño. Aena propone construir una entrada en la Terminal 1 para ponerlo, pero no se ha visto la maqueta. El traslado es una operación compleja porque está puesto con cemento; yo no soy ni arquitecto ni ingeniero pero sé cómo se podría llevar a cabo.